Intervención de Ana Palacio

Presidente Aznar, embajadores, autoridades, yo quiero empezar diciendo que para mí es un grandísimo honor participar en este decimotercer premio a la libertad.

Este decimotercer premio a la libertad representa algo que está en el fondo de FAES, lo que FAES ha representado desde su nacimiento: la convicción de que las ideas cuentan.

FAES nació en 1989 para dar la batalla de las ideas, cuando en España la noción misma de *think tank* resultaba absolutamente exótica. Primero contribuyó a construir una alternativa.

Después, muchas de aquellas ideas acompañaron la acción de gobierno de José María Aznar y, desde entonces, ha seguido siendo un espacio de reflexión en torno a la libertad, a la democracia, al Estado de derecho. Hay una dimensión de aquellos años que hoy merece recordarse. En 1996, Loyola de Palacio se convirtió en la primera mujer ministra de Agricultura de España.

En el 99 fue Esperanza Aguirre, aquí presente, la primera mujer que presidió el Senado. En 2000, Luisa Fernanda Rudi, la primera en presidir el Congreso de los Diputados. Y en 2002 me correspondió a mí el gran honor de mi vida, de la mano del presidente Aznar, de ser la primera mujer ministra de Asuntos Exteriores. Todo aquello ocurrió sin alharacas, sin cuotas, pero no sin hacer ruido, porque ruido hicimos.

Ser mujer no carecía de importancia. La tenía, y mucha, después de tantos años en que determinadas responsabilidades parecían reservadas por naturaleza a los hombres. Pero el criterio del presidente Aznar, el criterio que animó esa andadura, fue otro: experiencia, preparación, trabajo, capacidad.

Se trataba de escoger a la persona considerada adecuada, la mejor, para desempeñar una responsabilidad, y se daba la circunstancia de que esa persona a menudo resultó ser una mujer. Las etiquetas no me interesan y no interesan a FAES. Sí interesa, y mucho, la igualdad, pero la igualdad que no rebaja la exigencia, sino que elimina los obstáculos. La igualdad que no pide condescendencia, sino oportunidades.

La igualdad que permite que una mujer sea juzgada por lo que hace y no por el hecho de ser mujer. En suma, la igualdad de fondo, la igualdad de base, la igualdad de verdad, no la de fachada que acaba por convertirse en un discurso autocontenido.

Pero hay algo previo a esa igualdad de fondo. Ese previo es la libertad. Sin libertad no hay igualdad que valga. Sin libertad, la igualdad ante la ley es una ficción. Sin libertad no hay derechos, ni los derechos humanos más elementales.

Y sin una ley capaz de imponerse al poder, los derechos dejan de ser derechos para convertirse en concesiones revocables del gobernante. Me correspondió vivir esta realidad desde el Ministerio de Asuntos Exteriores y quizá por eso sigo pensando que la política exterior es, en gran medida, la primera política de Presidencia de Gobierno. Es el ejercicio de la capacidad estratégica del Estado.

Define qué lugar quiere ocupar un país, con quién se compromete, qué está dispuesto a defender y qué precio está dispuesto a pagar por defenderlo. Y es también cada vez más política interior, porque la frontera entre dentro y fuera se ha ido desdibujando.

Una guerra altera la energía que consumimos. Una decisión en Pekín afecta a nuestras fábricas. Una innovación tecnológica de California transforma nuestras sociedades. La crisis en el Sahel llega a nuestras fronteras. España tiene en ese mundo tres grandes anclajes permanentes. Nuestra geografía: estamos fondeados en la boca del Mediterráneo.

Somos guardianes del Estrecho desde sus dos orillas. Hoy, cuando el mundo ha dejado de ser plano, sabemos lo que esta responsabilidad entraña. La segunda es nuestro ser europeo, que no es simplemente una pertenencia institucional, sino nuestro gran proyecto histórico y político.

La tercera, nuestra vocación ultramarina, vocación que se desparramó por el mundo, conociéndose el Pacífico como lago español, y que tiene una plena vigencia en Iberoamérica y, a través del Atlántico, en nuestra relación con Estados Unidos y con la cuenca entera de ese mar, desde Magallanes, Buena Esperanza y la Antártida hasta los fríos árticos.

Esos anclajes no son una lista de prioridades diplomáticas, son los veneros que alimentan nuestra posición en el mundo. Trazable desde 1714, con la creación de la primera Secretaría de Estado y del Despacho, que es la precursora de nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores, y sigue plenamente vigente aún con los extravíos recientes.

Incluso diría que cobra especial vigencia en el mundo en mutación que hoy nos avasalla. La guerra ha regresado a Europa. Rusia ha demostrado que en nuestro continente vuelve a ser posible intentar modificar fronteras mediante la fuerza.

Irán nos recuerda hasta dónde puede llegar un régimen que pretende decidir no solo cómo deben comportarse sus ciudadanos, sino cómo deben pensar, hablar, vestir o vivir. Y en Cuba, después de más de seis décadas, la aspiración elemental de elegir libremente a los gobernantes continúa siendo perseguida viciosamente.

Europa tiene que entender lo que está en juego. Puede ser actor o puede convertirse en escenario; puede organizar su poder para defender su modelo de sociedad o puede permitir que sean otros quienes decidan las condiciones en las que vivimos. Y ese modelo de sociedad empieza por algo extraordinariamente sencillo: la persona antes que el poder. Y eso, en último término, es la democracia liberal.

No consiste únicamente en votar, consiste en limitar a quien gana las elecciones, en separar poderes, en proteger al discrepante, en garantizar que existe un territorio que ningún gobierno puede invadir porque pertenece a la conciencia, a la dignidad y a la libertad de cada ser humano. Rosa María Payá lleva años defendiendo pacíficamente que los cubanos puedan hacer algo tan elemental como decidir su propio futuro.

Yulia Navalnaya ha asumido, después de la muerte de su marido Alekséi Navalni en 2024, continuar una lucha contra el autoritarismo ruso cuyo precio conoce de la manera más dolorosa.

Y dejo para el final a Masih Alinejad, símbolo del desafío a un régimen que ha convertido el cuerpo, el cabello y la vida cotidiana de las mujeres iraníes en territorio de control político. Su batalla no

es contra una prenda, es contra el poder que pretende decidir sobre la vida privada, el cuerpo y la conciencia. Eso la sitúa de lleno en el terreno de la libertad política.

Desafía la pretensión misma del régimen de penetrar en el espacio más íntimo de la libertad individual. Son tres historias distintas: Cuba, Rusia, Irán; tres culturas, tres circunstancias, tres formas de represión y una misma aspiración, un mismo lema de vida: libertad. Las tres son mujeres y eso importa. No porque exista una forma femenina de defender la libertad. El valor no tiene sexo, tampoco la dignidad.

Pero sabemos que cuando quien desafía el poder es una mujer, determinados regímenes encuentran siempre un flanco adicional por el que añadir sometimiento.

Hay algo especialmente poderoso en estas tres mujeres. No reclaman que el poder las proteja, reclaman que el poder tenga límites. No piden privilegios, piden derechos; no piden que nadie hable por ellas, exigen poder hablar. Y quizá ahí esté la mejor manera de entender este premio. La libertad no es una abstracción confortable que se celebra cuando ya se posee. La libertad adquiere todo su significado cuando defenderla tiene un precio.

Nosotros tenemos la obligación de no acostumbrarnos a que otros tengan que pagar ese precio, porque las sociedades libres no se sostienen únicamente sobre instituciones, se sostienen sobre la decisión de hombres y mujeres concretos de no aceptar que el poder tenga la última palabra. Y hoy FAES distingue a tres personas que han hecho de la lucha por la libertad su vida y se da la circunstancia, una circunstancia que no es menor, de que son mujeres.

Enhorabuena a las tres y, sobre todo, gracias.